

ma, una guerra de polichinelas, y seguimos al enemigo allí donde se nos presenta: nosotros vamos á donde él nos conduce, sin una idea, sin un plan propios. ¿No podríamos estudiar lo que tenemos que hacer sin pensar antes en los movimientos del adversario?» «Este es, dijo con júbilo Carnot, un oficial que hará carrera.» Robespierre leyó también el documento, y la impresión que le produjo se pinta en estas palabras: «Este es un hombre sumamente peligroso (1).» Para no sucumbir en aquella guerra universal le bastaba al ejército de reclutas de Francia con tener los mejores generales; pero desde el momento en que los héroes del campo de batalla eran considerados peligrosos por los gobernantes de la República, precisamente por las cualidades que les hacían temibles de sus enemigos, se veía claramente que la República, que solo vivía porque podía excusar todas las violencias con las necesidades de la guerra, estaría completamente perdida desde el momento en que con la guerra desapareciera aquel derecho fundado en la necesidad. A consecuencia de esto, los gobernantes se encontraban en tal situación que la derrota y la victoria de las armas francesas les infundían igual pánico, y que no podían prescindir de militares de relevantes dotes, ni podían tampoco sufrirlos.

## CAPITULO X

### LOS ASESINATOS EN MASA Y EL FIN DEL TERRORISMO

La Revolución hacía tiempo que había roto con todas las tradiciones no solo del Estado monárquico, sino también de la Iglesia católica; solo le faltaba romper con todo lo que el cristianismo y la civilización cristiana habían dejado, y esto lo hizo el jacobinismo dominante cuando, desde octubre de 1793, se sintió suficientemente fuerte para creer en la irrevocabilidad de sus actos.

El 21 de setiembre de 1792, fecha en que la Convención había destruido la monarquía, fué considerado como el principio de la «regeneración» de Francia, y al siguiente día, el primero en que el rey había dejado por completo de serlo, comenzó la cronología de una época, contándose los años por la fundación de la República en vez de contarse por el nacimiento de Jesucristo. Para hacer constantemente presente á los franceses, cada día y á cada hora, que todo cuanto había acontecido antes de aquella fecha había sido un sueño, no bastaba la nueva cronología de los años, ni la nueva designación del día primero del año; era además preciso un calendario completamente nuevo que diera distintos nombres á los meses, que variara las semanas, que modificara los domingos y días de fiesta, que cambiara los nombres de los santos, en una palabra, que destruyera por completo el calendario cristiano hasta que no quedara huella de él. A esta necesidad ocurrió el diputado Fabre d'Eglantine con una obra (2) acerca de la cual, en 24 de octubre de 1793, presentó á la Convención, en nombre de la comisión, un dictamen para que se redactara el nuevo calendario que comenzó á regir en 24 de noviembre (3). La proposición comenzaba con estas palabras: «La regeneración del pueblo francés y la fundación de la República hacen de indispensable necesidad cambiar la cronología tradicional. Los años en que nos opri-

(1) Sybel, II, pág. 401.

(2) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 415-427. En vez de la fecha 6 de octubre de 1793, que allí se consigna, hay que poner 24 de octubre, según se desprende de la pág. 427 de este tomo y de la pág. 9 del tomo XXIX de dicha obra.

(3) Véase el decreto del 4 frimario del año II de la República (24 de noviembre de 1793) con la instrucción de Romme *Hist. parl.*, XXXI, pág. 428.

mieron los reyes no pueden contarse como tiempos en que hemos vivido. Las preocupaciones del trono y de la Iglesia, las mentiras así del uno como de la otra, manchan todas las páginas del calendario de que nos servimos. Habéis cambiado este calendario; lo habéis sustituido por otro en el cual el tiempo está medido más justa y simétricamente, pero esto no basta. El inveterado uso del calendario gregoriano ha llenado la inteligencia del pueblo de una multitud de imágenes que este ha adorado durante mucho tiempo y que hoy han llegado á ser la fuente de sus errores religiosos. En su consecuencia, es preciso sustituir esas quimeras de la ignorancia por las realidades de la razón, y las mentiras de los sacerdotes por la verdad de la naturaleza.» En vez de las falsas imágenes arraigadas en el espíritu del pueblo, debían presentarse imágenes verdaderas: sin imágenes nada se consigue, pues sin su auxilio nada concebimos, nada comprendemos, nada retenemos. ¿Y á qué esfera de la actividad humana había que ir á buscar esas imágenes? A la agricultura. «Es preciso, se decía más adelante, aprovechar esa feliz coyuntura, por medio del calendario, el más extendido de todos los libros, para atraer de nuevo al pueblo francés á la agricultura. La agricultura es el elemento político de un pueblo como el nuestro á quien la tierra, el cielo y la naturaleza tratan con tanto cariño y predilección.»

Si se aplican el lenguaje y los ideales sentimentales de Rousseau á la revolución que se verificaba en Francia, diremos que el gran mérito de esta consiste en sustituir el imperio de lo antinatural por la soberanía de la naturaleza. Lo que era para el Emilio de Rousseau la jardinería, era para la Francia jacobina la agricultura, á saber: la escuela de la vida natural en la libertad y en la igualdad, sin despotismo ni supersticiones, sin lujo y sin gravámenes. Libertar á la Francia de la inutilidad cortesana y de la falsa cultura de las ciudades; convertirla en una virtuosa república de honrados labradores; tal era, como veremos, el pensamiento de sus legisladores jacobinos que, por conducto de Rousseau, habían aprendido á conocer toda la grandeza de Licurgo. Conforme á su idea, el nuevo calendario ocupaba la plaza de un incomparable catecismo. Fabre d'Eglantine decía: «Si dirigimos en cada momento del año, del mes, de la década, del día la mirada y el pensamiento del ciudadano hácia una imagen agrícola, hácia un beneficio de la naturaleza, hácia un objeto de la agricultura, no podrá dudar de que esto es para la nación una tendencia hácia el sistema agrícola y de que el ciudadano cobrará amor á los manifiestos y preciosos dones de la naturaleza, de los cuales disfruta. El pueblo, durante largos siglos, ha sido embaucado por objetos fantásticos y por supuestos santos á quienes nunca vió ni todavía menos conoció (4).» En su consecuencia, se propusieron nombres nuevos para los doce meses, nombres que se tomaron del cambio de estaciones y de temperatura y del estado de desarrollo de las plantas. El año republicano comenzaba el día 22 de setiembre, en otoño: mes de vendimia (*vendémiaire*); mes de las nieblas (*brumaire*), mes de escarcha (*frimaire*); seguían luego tres meses de invierno, el de las nieves (*nivose*), el de las lluvias (*pluviose*) y el de los vientos (*ventose*); venían después los tres de primavera, el de la granazón (*germinal*), el de las flores (*floreale*) y el de los prados (*prairial*); y por fin terminaban el año los tres de verano, el de la cosecha (*messidor*), el del calor (*thermidor*) y el de los frutos (*fructidor*).

Las semanas de siete días fueron sustituidas por las decadas de diez, que se denominaron *primidi*, *duodi*, *tridi*, *quar-*

(4) Esto se refiere al acuerdo de 6 de octubre, motivado por el primitivo plan de calendario del diputado Romme. *Histoire parl.*, XXIX, páginas 7-8.

*tidí*, *quintidi*, *sextidi*, *septidi*, *octidi*, *nonidi*, *decadi*. Cada día del año, en vez de llevar el nombre de un santo, tenía una designación propia de la época del año y de la agricultura: cada *quintidi* era designado con el nombre de un animal, y cada *decadi* con el de un instrumento de labranza, el más propio de la respectiva época, de manera que el labrador el día de fiesta podía ver en el calendario el instrumento que había de necesitar á la mañana siguiente: «idea viva que se hace asequible á los que nos proporcionan los alimentos y que les ha de demostrar en definitiva que con la República ha llegado el tiempo en que el labrador vale más que todos los reyes de la tierra y en que la agricultura ha de ser considerada como el primer arte de la sociedad civil. Fácil es comprender que con este procedimiento ningún ciudadano francés habrá que desde su infancia no haya hecho, aun sin saberlo, un estudio de los elementos de la agricultura; actualmente, todo ciudadano puede aprender en este calendario en pocos días lo que, para mengua de nuestras costumbres, no ha sabido hasta la hora presente, y sabrá, digo, en qué tiempo del año la tierra produce tales y cuales frutos. Me atrevo á decir aquí que esto no lo han sabido nunca muchas personas versadas únicamente en la ciencia urbana, cortesana ó frívola.»

Como los nuevos doce meses tenían solo treinta días cada uno, al final del año sobraban cinco días que no pertenecían á ningún mes: estos días fueron considerados como fiestas nacionales y recibieron el nombre genérico de *sansculottides*, pues (según decía el erudito autor del calendario) la costumbre de no llevar calzones la consideraron los antiguos galos como honroso distintivo de su raza. De que los romanos dieran el nombre de *Gallia braccata*, es decir, comarca de los galos que llevaban calzones, á una parte de la Galia lugdunense, debía deducirse que el resto de los galos no los llevaban (*nos pères des lors étaient donc des sansculottes*).

Así como la vida agrícola era fuente de todas las virtudes, la vida de las ciudades era el invernadero de toda la perdición moral y civil. En las grandes ciudades residían la riqueza, el lujo, el realismo, y con los nombres de «rico» y «burgués» anatematizaba Robespierre á todo cuanto era incompatible con su ideal del Estado. «¿Quiénes son nuestros enemigos? Los viciosos y los ricos,» escribía en un borrador de catecismo para los jacobinos (1) y justificaba al propio tiempo la sublevación del 2 de junio y la reunión de la Convención (2) con las siguientes palabras: «Los peligros interiores proceden de los burgueses; para vencer á estos es preciso dirigir un llamamiento al pueblo. Todo estaba preparado para someter al pueblo al yugo de la burguesía y para hacer perecer en el cadalso á los defensores de la República. Los que tal querían habían triunfado en Marsella, en Burdeos y en Lyon, y también hubieran triunfado en París, sin la actual sublevación, que debe subsistir hasta que se hayan tomado las medidas necesarias para salvar á la República. El pueblo debe unirse á la Convención, y esta debe hacer del pueblo un arma poderosa. La actual sublevación debe extenderse de lugar en lugar siguiendo siempre el mismo plan: los *sansculottes* deben estar á sueldo y permanecer en las ciudades. Es preciso darles armas, infundirles la cólera y proporcionarles conocimientos: es necesario enardecer por todos los medios posibles el entusiasmo republicano. Si los diputados son despedidos para sus casas, la República está perdida, porque seguirán engañando á los departamentos, al paso que los que les sustituyan no valdrán ya nada (3).»

(1) *Papiers inédits trouvés chez Robespierre*, etc. París 1828, II, página 13.

(2) Véase más arriba.

(3) *Papiers inédits*, etc., II, págs. 15-16.

A todas estas pasiones del fanatismo, preparaba la Convención una verdadera fiesta con la sentencia de muerte dictada en 12 de octubre contra la conquistada ciudad de Lyon (4). El decreto, después de haber dispuesto la creación de una comisión extraordinaria que por el procedimiento militar castigara á los contrarrevolucionarios de Lyon, añadía: «Todos los habitantes de Lyon serán desarmados y sus armas se entregarán inmediatamente á los defensores de la República, quedando una parte de ellas en poder de los patriotas lyoneses que han sido oprimidos por los ricos y por los enemigos de la Revolución. La ciudad de Lyon será destruida, y todas las habitaciones ocupadas por los ricos serán demolidas: solo quedarán en pie la Casa de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados ó proscritos, los edificios destinados especialmente á la industria y los monumentos consagrados á la humanidad ó á la enseñanza pública. El nombre de Lyon quedará borrado del mapa de las ciudades de la República: el grupo de casas que queden en pie recibirá el nombre de «ciudad libertada.» Sobre las ruinas de Lyon se levantará una columna que enseñe á las generaciones venideras los crímenes y el castigo de esa ciudad, y que ostentará la siguiente inscripción: «Lyon hacia la guerra á la libertad, Lyon ya no existe.»

Entre las pocas ciudades que no se sometieron sin resistencia á la tiranía de las Casas Consistoriales de París, Lyon, la segunda ciudad de Francia, pudo disponer de elementos para una tenaz defensa, desde el momento en que esta se impuso como una necesidad á los ciudadanos acomodados.

Después de una larga y encarnizada lucha, los partidos de orden de esta ciudad unidos obtuvieron una completa victoria sobre el jacobinismo, á cuyo frente se encontraba un demagogo llamado Chalier, y formaron, con el nombre de: «Comisión popular y republicana de salvación pública del departamento del Ródano y Loira,» un gobierno que en 4 de julio publicó un manifiesto contra los gobernantes de París, en cuyo final se decía: «El pueblo del Ródano y del Loira declara que está dispuesto á morir para sostener una Asamblea nacional libre y verdaderamente republicana, pero que, al propio tiempo, hasta que se restablezca la inviolabilidad y la libertad de la Convención, considera nulos todos los decretos publicados desde el 31 de mayo y adoptará las medidas necesarias para atender á la seguridad general (5).» Con el objeto de asegurar la resistencia armada fueron mejoradas las antiguas fortificaciones de la ciudad, se hizo un llamamiento á las milicias de los departamentos vecinos, y fué nombrado general en jefe un antiguo oficial del regimiento de Picardía, llamado Perrin de Précy. Un tribunal político extraordinario, nombrado recientemente, hizo comparecer ante sí á Chalier y á su amigo Niard, los cuales fueron condenados á muerte y ejecutados. La venganza de los jacobinos, que anunció Chalier al subir al cadalso, debía ser terrible. Desde el combate singular trabado en Pacy, junto al Eure, en 13 de julio, en el cual las dos partes contendientes, normandos y parisienses, habían huido en direcciones contrarias (6), nadie pensaba en Normandía en hacer resistencia. La orgullosa Burdeos, olvidándose de las pomposas palabras consignadas en atrevidos manifiestos, se había rendido sin intentar la menor lucha. En Marsella, desde la batalla de Salon (19 de agosto) (7), se había operado un cambio, cuya consecuencia fué la rendición de la ciudad al general Carteaux. Tolon, en su desesperación, había abierto las puertas á los ingleses, de suerte que no había que esperar auxilio por ningún lado,

(4) *Hist. parl.*, XIX, pág. 192.

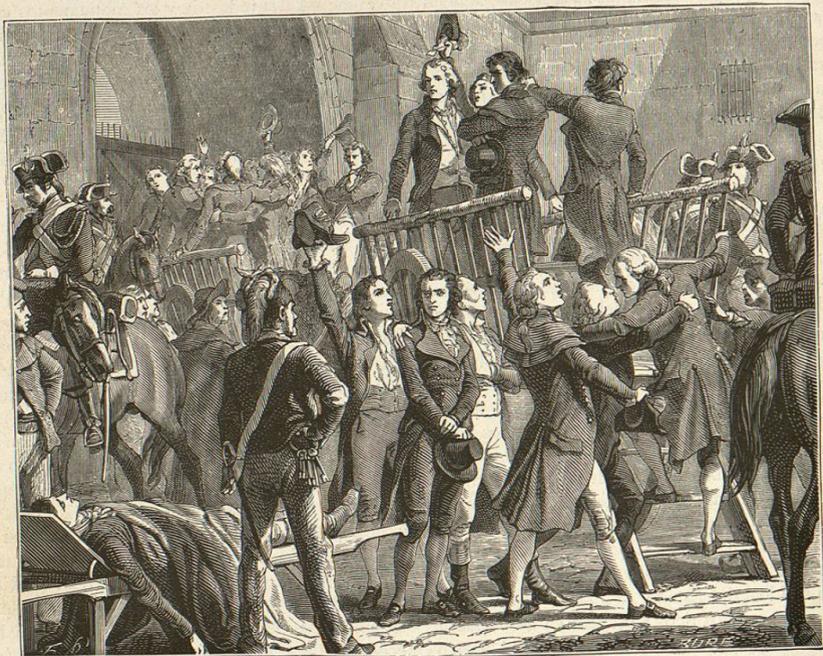
(5) Mortimer Ternaux, VIII, pág. 110.

(6) Mortimer Ternaux, VIII, págs. 137-138.

(7) Mortimer Ternaux, VIII, pág. 213.

cuando Lyon, sitiada en 8 de agosto por un ejército de la Convención, en el cual se encontraban los comisarios Dubois Crancé y Gauthier, y bombardeada desde el 22 del propio mes con bombas incendiarias, comenzó á sufrir los ataques de un enemigo al cual ningún valor humano podía resistir mucho tiempo. Durante los primeros días del mes de setiembre, uni6se á los sitiadores la guarnición de Valencienas, que habia capitulado con la condicion de que no se la enviaria contra el ejército austriaco-prusiano. Con este refuerzo, la ciudad pudo ser completamente cercada é incomunicada, y á poco comenzó á dejarse sentir dentro de ella el hambre, contra la cual no habia salvacion posible. Las alturas inmediatas y los arrabales estaban tomados, y el nú-

mero de los defensores quedaba reducido á tres mil hombres hambrientos cuando Couthon, despues de haberse negado á admitir toda capitulacion, dió orden, el día 8 de octubre, de penetrar en la ciudad, mientras Précý intentaba una salida desesperada, en la cual pereció la mayor parte de sus compañeros de armas, pudiendo apenas salvarse él y algunos pocos de los que le acompañaban (1). En la mañana del 9 de octubre entraron los republicanos en Lyon; el día 12 dictó la Convención la sentencia de muerte que ya conocemos, y á principios de noviembre llegaron á la ciudad con el carácter de comisarios Collot d'Herbois y Fouché, con el objeto de llevar á cabo una obra de destruccion para la cual el mismo Couthon era considerado demasiado benigno y humano.



Los girondinos saliendo de la prision para ir al cadalso

El nuevo gobierno de la ciudad inauguró su tarea con una fiesta en honor de Chalier, que se celebró el día 10 de noviembre (2), y en esta misma funcion una «Comision temporal de vigilancia republicana,» compuesta de veinte individuos, publicó un manifiesto que mas que ningún otro de los entonces publicados expresa de un modo completo y elocuente las doctrinas del idealismo jacobino. En esta «Instruccion dirigida á todas las comisiones revolucionarias y autoridades municipales (3)» se decia desde luego, hablando del derecho político de la Revolucion y de la esencia de la República: «A los que proceden dentro del espíritu revolucionario todo les está permitido: para los republicanos el único peligro consiste en permanecer detrás de las leyes de la República: el que se precipita á ellas las traspasa, el que parece haber pasado la meta muchas veces no ha llegado á ella todavía. El pueblo

(1) Mortimer Ternaux, VIII, págs. 225-238.

(2) L. Blanc, X, pág. 166.

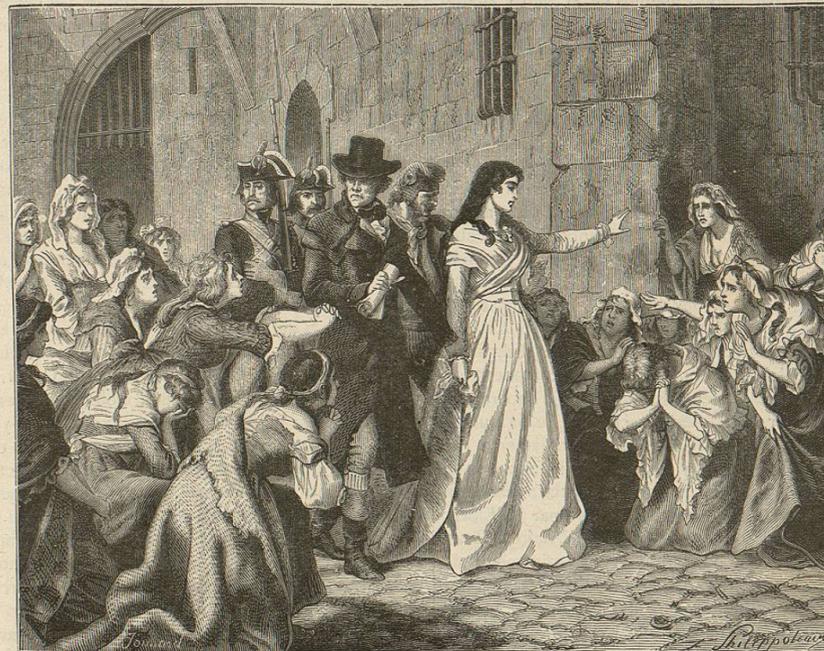
(3) Se inserta íntegra en las *Mémoires de l'abbé Guillon de Montleon*, II, cap. 17. Algunos fragmentos de la misma se encuentran en L. Blanc, 167 y Barante: *Histoire de la Convention nationale*, Paris, 1851, III, pagina 408.

se compone de la totalidad de los ciudadanos franceses y no exclusivamente de aquellas clases privilegiadas por sus riquezas que monopolizan todos los placeres de la vida y todos los bienes de la sociedad. ¡El pueblo! Constitúyenlo especialmente las innumerables clases de los pobres, que nos proporcionan defensores de nuestras fronteras, que alimentan con su trabajo á la sociedad, que la embellecen con sus talentos y la ennoblecen con sus virtudes. Este pueblo está en irreconciliable enemistad con la aristocracia burguesa que pronto, si se la dejara, se convertiría en nobleza del dinero y en definitiva en nobleza de la sangre. Cada ciudadano debe sentir dentro de sí y realizar un cambio igual al que ha modificado por completo la fisonomía de la Francia. Nada, absolutamente nada hay de comun entre los esclavos y los habitantes de un Estado libre; las costumbres de este último, sus principios fundamentales, sus sentimientos, sus actos, todo debe ser nuevo. Habeis sido oprimidos; pues bien, ahora debeis aplastar á vuestros opresores: erais esclavos de la supersticion, pues ahora no debeis de tener mas culto que el de la libertad, ni mas moral que la de la naturaleza: estabais excluidos del servicio militar, pues ahora todos los franceses serán sol-

dados; viviais en la ignorancia, pues ahora es preciso instruirlos; no conociais la patria, pues al presente no debeis conocer otra cosa y debeis verla, oirla y adorarla en todas partes... ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo! Tal debe ser el grito de guerra del ciudadano, la expresion de sus ilusiones, el bálsamo de sus dolores. Los que no participen de este entusiasmo, los que abran su corazón á los frios cálculos de la utilidad, los que calculen lo que produce un patrimonio, un destino ó un talento, y antepongan, siquiera sea por un momento, esta consideracion á la idea del público bienestar; los que no sientan hervir su sangre ante la sola enunciacion de las palabras tiranía, esclavitud ó lujo; los que puedan consagrar sus lágrimas á los enemigos del pueblo y no guarden su compa-

sion para los mártires de la libertad... los que sean de tal condicion y se atrevan á llamarse republicanos, mienten ante la naturaleza y ante su propio corazón, y aun cuando se refugien en el campo de la libertad pronto serán conocidos y anegados en su propia sangre. La República solo quiere hombres libres en su seno y está dispuesta á exterminar á todos los demás y á reconocer únicamente como hijos á los que sepan vivir, luchar y morir por ella.»

Del galimatías de este modo de expresarse no se desprende que el manifiesto fuese concebido en serio: esto se deducia solamente de la órden sanguinaria que inmediatamente se publicó y que contenia las siguientes palabras: «El republicano no puede vivir con el esclavo: los crímenes y la inutili-



Madama Roland saliendo de la cárcel de la Conserjería para ir al cadalso

dad de este han agotado nuestra paciencia. Hace cinco años que le tendemos los brazos y ha despreciado nuestros ofrecimientos: tiempo es ya de que pague su desprecio y de que con la pérdida de su libertad aprenda lo que esta vale. El pedir una venganza justa es una necesidad de bienestar público. Es preciso que introduzcamos el terror entre nuestros enemigos, que cortemos los hilos de sus conjuraciones, que castigemos sus maldades y que les privemos de una felicidad cuyo valor no quieren conocer. En este punto deben callar todas las inclinaciones personales, y la misma voz de la sangre debe enmudecer ante la voz de la patria. Las cabezas de los ciudadanos y funcionarios del pueblo que directa ó indirectamente han contribuido á la rebelion rodarán sobre el cadalso. Ponedlos en manos de la venganza nacional. Republicanos, estos son nuestros deberes, obrad sin miedo, no respeteis mas que á los descamisados; no dejeis que el rayo se desvie en vuestras manos. Acordaos de que vuestra divisa debe ser: ¡Guerra á los palacios, paz á las cabañas!»

Tres comisiones se distribuyeron la obra de destruccion que allí habia de realizarse: la de secuestros cuidaba de la guerra contra las riquezas; la de demolicion atendia solo á

la guerra contra las casas, y la revolucionaria, compuesta de siete jueces, estaba encargada de la guerra contra las personas. La sanguinaria tarea de esta última llegó á su grado máximo cuando, á fines de noviembre, llegó á Lyon, con el ejército revolucionario de Paris, el general Ronsin, quien antes de salir de la capital habia declarado en el club de los franciscanos que no podia existir una república tal como los verdaderos patriotas la comprendian hasta que hubiese perecido la tercera parte de la poblacion. Esta cifra habia llegado á ser dogma del credo de los jacobinos, y aun Ronsin y sus amigos se mostraban poco exigentes, pues que Carrier, de quien hablaremos luego, creia que nada podria conseguirse si no se elevaba la cifra del exterminio á las dos terceras partes (1).

Hasta entonces habian sido guillotinas ó fusiladas doscientas personas; pero á la sazón comenzó la matanza en grande escala por medio del «fuego del rayo,» es decir, á metrallazos.

El día 4 de diciembre, 64 jóvenes comparecieron atados

(1) Barante, III, pág. 416.